



LA PARABOLA DEL AGUA

PURI GUTIÉRREZ

¿Qué está pasando? ¿Hacia dónde vamos? Se cierran empresas y comercios, los agricultores acusan una inestabilidad desconcertante, los pescadores se vuelven a casa... Ni la ciudad, ni el campo ni el mar parecen capaces ya de cobijar hombres con un trabajo estable que dé seguridad a las familias. Mientras nuestra juventud se debate en una perspectiva sin futuro.

Sobre nuestras cabezas no se ve más que un ala gigantesca que nos invita a meter el coco debajo, haciéndonos creer que en esa inopia estamos todos seguros.

Pero cada día que pasa nos llegan noticias de diferentes propuestas en apariencia sensatas y convenientes, que nos dejan la duda de si estamos actuando con visión de futuro o lo estamos comprometiendo hasta límites insostenibles.

Quiero analizar algunos de estos hechos desde la perspectiva de un ama de casa preocupada por el conjunto de la sociedad, desconocedora de los entresijos de la Economía con mayúscula; pero experta en la doméstica economía y muy inquieta por ciertas prácticas de la primera que influyen precisamente en la segunda, prácticas que ve repetirse con dramática insistencia.

Recuerdo que hace ya bastantes años, un hombre del campo andaluz se quejaba de que les habían obligado a arrancar muchos olivos contra su voluntad, mientras se importaba a bajo precio aceite de semillas con el fin de habituar al público a su sabor, en perjuicio del aceite de oliva. Hoy, este producto de primera necesidad está alcanzando precios prohibitivos.

Luego vimos ofrecer buenas primas a quienes abandonaran la producción lechera, pagándoles –si no recuerdo mal– ocho años de producción si dejaban las vaquerías. Y con este cebo... ¿quién no cae en la trampa de abandonar esta actividad?

Hace un par de años vi a los agricultores riojanos dejar que las patatas se pudrieran en la tierra, porque perdían dinero si las cosechaban. Habían gastado nueve pesetas por kilo en simiente, abonos, etc..., y no les pagaban más que seis el kilo... y si las patatas eran grandes, una sólo peseta por cada kilogramo.

Un joven alcalde riojano me decía por entonces que parecía una maniobra del Mercado Común Europeo, pues se habían detectado en el mercado catalán, por entonces, patatas francesas a menor precio que esas nueve pesetas que costaban en La Rioja producirlas.



La disuasión, por las buenas o por las malas, cada día alcanza cotas más amplias. Ahora se pretende que no se siembre trigo, sino girasol. Pero, ¿no comienza en algunas zonas, que habían comenzado a sembrarlo, a ser el girasol un problema?

Por algunos datos revelados en la prensa se puede colegir que la Comunidad Económica Europea está continuamente recorriendo las perspectivas al campo español. Un día vemos que es el viñedo... otro, la remolacha...

Y no me he detenido a enumerar los recortes a los arrantzales ni a la industria y al comercio, porque al tocarnos tan cerca estamos más sensibilizados. He querido, sin embargo, ampliar la perspectiva, porque pienso que la bola de nieve se está haciendo demasiado grande.

Cada vez que observo una de esas ruedas de molino con que nuestros colegas comunitarios intentan hacernos comulgar... ¡y lo consiguen!... me viene a la memoria el comienzo de aquella "Parábola del depósito de agua", escrita por E. Bellamy, fallecido a finales del pasado siglo. La leí por los años sesenta en el periódico "Juventud Obrera" y voy a intentar resumir su comienzo adaptando un pelín la terminología:

"Erase una tierra muy seca y el pueblo que vivía en ella estaba en una gran necesidad de agua. No hacía más que buscar agua de la mañana a la noche, y muchos perecían porque no podían encontrarla.

Entre aquellos hombres había algunos más hábiles y diligentes que el resto que habían logrado almacenar agua. Y sucedió que el pueblo fue a ellos y les pidió por favor algún agua de la que tenían almacenada para poder beber.

Y ellos respondieron: "¿Cómo os vamos a dar de nuestra agua para que caigamos en la misma situación que vosotros? Si queréis ser nuestros servidores os daremos agua".

Y el pueblo respondió: "Sólo pedimos que nos deis de beber y seremos vuestros siervos, nosotros y nuestros hijos". Y así fue.

Aquellos hombres sabios organizaron al pueblo, que ya era siervo suyo. A algunos los pusieron a trabajar en los manantiales, a otros los emplearon en transportar el agua, a otros los mandaron a buscar nuevas fuentes. Y toda el agua fue reunida en un mismo sitio y allí construyeron un gran depósito para guardarla. Este depósito se llamó "El Mercado".

Entonces, aquellos mercaderes dijeron al pueblo: "Por cada cubo de agua que nos traigáis para ser guardado en el depósito, que es el Mercado, os daremos un penique, pero entended bien que por cada cubo de agua que necesitéis para beber, y que nosotros os daremos sacándola del depósito, nos tenéis que pagar dos peniques. Esa diferencia será nuestro beneficio". Y el pueblo aceptó la propuesta.

Durante muchos días todo el mundo se ocupó en traer cubos de agua al depósito, hasta que éste se llenó y rebosó. Era inevitable porque por cada cubo de agua que traían sólo recibían dinero para comprar medio cubo, y como los que trabajaban eran muchos y los mercaderes pocos y no podían beber más que los demás, debido al exceso que quedaba en el depósito, éste rebosó.

Cuando los mercaderes vieron que el agua se derramaba, dijeron al pueblo: "¿No veis que el depósito se desborda? No traigáis más agua. Sentaos a esperar y tened paciencia".

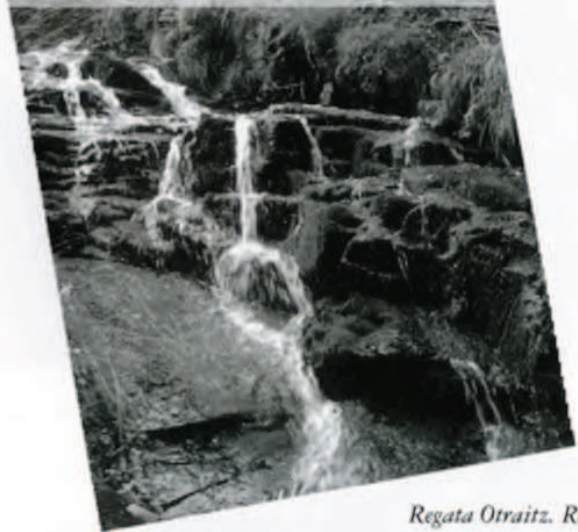
Pero cuando el pueblo dejó de acarrear agua, dejó de percibir los peniques que los mercaderes le daban por su trabajo. Y quedó en desempleo. Y sucedió que porque no lo contrataban, no podía comprar el agua que él mismo había traído antes al depósito.

La sed del pueblo era grande, porque no sucedía como en tiempos de sus antepasados, cuando la tierra estaba abierta a todo el que quisiera buscar agua, sino que los mercaderes se habían apoderado de todas las fuentes, de todos los manantiales, de todos los pozos y de todas las vasijas que contenían agua, de modo que nadie podía conseguir agua fuera del depósito, que era el Mercado...".

La parábola es mucho más larga. Y se presta a muchas reflexiones. Pero yo he querido pararme en el pasaje que acabo de copiar. Pasaje que me recuerda al pueblo que sacrifica a un Mercado llamado Comunitario sus olivos, sus viñedos, sus trigales, sus empresas y sus barcos.

Lo sacrifica a un Mercado al que ha de tener que comprar pronto a doble precio el pan, el aceite, el azúcar, el vino, la leche, la carne y el pescado. Un pueblo que carece de todos los artículos de primera necesidad. ¿No queda a merced de los mercaderes?

Cada vez que escucho las razones comunitarias que, inexorablemente, acaban en un nuevo recorte, me viene a la mente la "Parábola del Depósito del Agua". Y me pregunto si ese llamado Mercado Común es de todos o sólo de los más listos.



Regata Otraitz. Rentería.



Foto: Jesus Hospitaler